

REFLEXIONES

La aventura de pensar

■ Si mencionamos la palabra "aventura", de inmediato vendrán a nuestra imaginación hombres que se abren paso por la jungla ignorando cuáles serán sus pasos inmediatos y afrontando los peligros que salen a su encuentro. O recios marinos luchando contra el mar embravecido. O astronautas que se dirigen en cápsulas espaciales a desentrañar los misterios del universo.

Siempre la imagen que conlleva la palabra "aventura" nos muestra hombres en acción, realizando destrezas físicas y luchando contra elementos de la naturaleza. Sin embargo, hay una aventura que, a mi juicio, es más excitante que todas aquellas, que envuelve los más graves peligros, cuyos logros siempre son inciertos y en que la lucha no se traba contra el mundo exterior, sino contra uno mismo: la aventura de pensar.

Descartes afirmaba que la esencia del existir del hombre estaba en su pensamiento: "Pienso, luego existo". Pascal reconocía en el pensamiento la fuente de la dignidad humana: "Toda nuestra dignidad reside en el pensamiento". Y Calderón de la Barca lo identificaba con la vida misma: "Pues quien vive sin pensar/no puede decir que vive". Y, sin embargo, cuando uno observa a su alrededor y, aun, dentro de sí mismo, debe advertir cómo en el mundo moderno el pensamiento es desincentivado.

Desde la mecanización y la producción en serie en las grandes usinas —recuerden quienes tienen edad para ello "Tiempos modernos", de Chaplin— hasta la especialización profesional; desde la propaganda comercial hasta el dogmatismo religioso o político, todo parece condicionar a evitar que el hombre ejerza esta cualidad que le es privativa y que es el pensamiento. A lo más, se le invita a un pensamiento direccional destinado a consumir tal cosa, a hacer tal otra o a comprobar que lo bueno o lo malo de algo corresponde a lo que se le dice previamente que es.

La aventura de pensar implica el peligro de llegar a la conclusión de que

su visión de la vida era errada y, por lo tanto, tener que empezar de nuevo sin contar con los puntos de apoyo con que se había contado. Significa, también, el peligro de caer en el error, de perderse en las enmarañadas sendas del pensamiento y quedarse sin un destino que antes de iniciar la aventura se tenía claro. La aventura de pensar presume tenerse por enemigo a uno mismo, luchar contra sus prejuicios, contra lo que una vez se aprendió y pareció inamovible.

Como contrapartida, quien inicia esta excitante aventura tendrá el premio de acercarse a la verdad, de contribuir a un mundo más justo y humano, a comandar sus pasiones, evitando que ellas lo conviertan en un pelele.

Quienes creen tener la verdad absoluta, quienes han dividido al mundo y a la humanidad en cerrados compartimentos donde están lo malo y lo bueno, no admiten el pensamiento por pavor a que ese orden se desbarate. No necesitan de la aventura del pensamiento, pues ellos creen haber llegado ya a puerto seguro. Es entonces cuando se entrega como sucedáneo del pensamiento la propaganda, cuando la aventura de pensar se sustituye por el adoctrinamiento; cuando se manipulan las emociones, las frustraciones, los anhelos, las carencias. A quien pretende vender, no le interesa que el cliente piense, sino que compre, no importa que lo que está en venta sea un dentífrico o una idea.

Como toda aventura, la de pensar no es fácil. Más bien, es incómoda e ingrata. Ella demanda un esfuerzo que venza nuestra tendencia a la molición y la pereza. Sin embargo, vale la pena. Al hacerlo, se experimenta la satisfacción de estar ejerciendo la condición de ser humano, asentando su dignidad, haciendo uso de su individualidad.

Además, es entretenido, no necesita de equipos especiales ni la aventura es interrumpida por avisos comerciales.

Aventúrese. Piense.
¿Qué le cuesta?

PARTIQUINO

LA SEGUNDA